

INTRODUCCIÓN METODOLÓGICA

1. LA FILOLOGÍA: CONCEPTO, OBJETIVOS Y METODOLOGÍA. FILOLOGÍA Y CIENCIAS HUMANAS. LA FILOLOGÍA CLÁSICA Y LAS CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD

1.1. Concepto de *philologia* a través de la historia

En sentido platónico e isocrático es el amor por la conversación instructiva y espiritual. La palabra **φιλολογία**¹ aparece por primera vez en **Platón**² (*Leyes* 641 E), que entendía por ella el “amor al *logos*” en todas sus manifestaciones. El *logos* como “palabra hablada o escrita, como discurso, como la razón o como ciencia; es decir, como toda capacidad o forma de expresión del ser humano. En *Leyes*, Platón compara a los atenienses, elogiándolos como *filólogos* frente a los espartanos *braquílogos*, gente de pocas palabras. En **Isócrates**³, el término *philologia* significa “amor por la dialéctica” como conjunto de cualidades espirituales y literarias que contribuyen a la educación de la “inteligencia parlante” (πρὸς τὴν τῶν λόγων παιδείαν)⁴. Los gramáticos alejandrinos adoptaron la palabra con el sentido de “erudición literaria”. Según el historiador Suetonio, **Eratóstenes** (276-195 a.C.) fue el primero que se llamó a sí mismo *filólogo* y después de él el gramático y enseñante de gramática latina L. **Ateius Praetextatus** (Atenas, 105- Roma, 30 a.C.). En la obra de **Cicerón** (106-43 a.C.) los términos *philologia* y *philologus* adquieren el sentido de “erudición”. A partir de la época alejandrina, el nombre “filólogo” se aplica al literato, erudito y conocedor de la lengua y la literatura y de todo lo relacionado con éstas. Durante la Edad Media, sin embargo, palabra *filología* solo aparece en la obra alegórica del africano Marciano Capella, *De nuptiis Philologiae et Mercurii* (410-439), en la cual *Philologia* representa a la novia de Mercurio que recibe regalos de las siete artes liberales. En esta época el latín se estudia en las escuelas por una cuestión práctica. El término vuelve a aparecer en los siglos XVIII-XIX, cuando el estudioso F.A. Wolf (1759-1824) se graduó en la Universidad de Göttingen (Alemania) con el título de *Studiosus philologiae*. En los siglos XIX-XX, Thomas Mann (1875-1929) en su obra *Doktor Faustus* considera el interés filológico como la sensibilidad para la belleza y para la dignidad racional del hombre. Para el autor, el fervor filológico consiste en el gusto por las lenguas clásicas, por leer el latín y el griego de los textos (RIGHI, 1969: 43).

Según **Wolf**, la filología es el “estudio de cuanto es necesario conocer para la correcta interpretación de un texto literario”. Esto es, el contexto cultural e histórico (las costumbres de la época en que se escribió el texto), la mitología y geografía, los sistemas filosóficos implicados, las particularidades gramaticales de la lengua del texto, las circunstancias vitales del autor, etc. Boeckh definía filología como la “ciencia de lo conocido” porque va ligada a la

historia y a la arqueología en los estudios clásicos. Wolf y Boeckh consideraban la filología clásica como la ciencia que se ocupa del estudio de la Antigüedad desde un punto de vista multidisciplinar. La filología clásica nace dentro del movimiento historicista del s. XVIII y se difundió en el s. XIX como instrumento al servicio de la Historia.

¹ Φιλολογία: Lycon (Ath. 548 A) “necesidad de hablar”; Plat., *Theaet.* 146 A “gusto por la dialéctica, por la conversación”; Arist., *Probl.* 18, Plut., *M.* 645 C.

² Platón (427-347 a.C.), discípulo de Sócrates (420-399 a.C.) y maestro de Aristóteles (384-322 a.C.). Fundó la Academia en Atenas (387 a.C.). *Leyes* es un tratado escrito en forma de diálogo en el que se expresan las teorías de Platón sobre la política y la organización social de forma más realista que en sus diálogos anteriores, pues se trata de un tratado de vejez del autor.

³ Isócrates (436-338 a.C.) fue uno de los diez oradores áticos más influyentes. Su obra *Antídotos* se ha considerado un escrito de defensa, un tratado de retórica o una autobiografía, aunque, al tratarse de un tratado de vejez del autor (82 años), normalmente se opta por esta última opción.

⁴ Isocr., *Antídotos*, 189, 262 y 296.

Bibliografía:

RIGHI, G. (1969²). *Historia de la filología clásica*. Barcelona: Labor, S.A.

HERRERO LLORENTE, V.J. (1965). *Introducción al estudio de la filología latina*. Madrid: Gredos.

KROLL, W. (1928). *Historia de la Filología Clásica* (trad. P. Galindo). Barcelona: Labor.

BERNABÉ, A. (1992). *Manual de crítica textual y edición de textos griegos*. Madrid: Ediciones Clásicas.

PFEIFFER, R. (1981). *Historia de la Filología Clásica*, vols. 1 y 2. Madrid: Gredos.

Lecturas recomendadas:

CANFORA, L. (1998). *La biblioteca desaparecida* (trad. esp.). Asturias: TREA.

ESCOLAR, H. (2001), *La biblioteca de Alejandría*. Madrid: Gredos.

⁵ Praxífanos y Demetrio Falereo son discípulos de Teofrasto, que fue uno de los sucesores de Aristóteles.

0. Nociones clave

Definición de filología según R. Pfeiffer [*Historia de la Filología Clásica, Madrid 1981 (trad. esp.), p. 25*]: “La filología es el arte de comprender, explicar y restablecer la tradición literaria. Nació como disciplina intelectual independiente en el siglo III a. de C., gracias a los esfuerzos de los poetas por conservar la herencia literaria, los ‘clásicos’, y servirse de ella”. (Época helenística, biblioteca de Alejandría).

Herramientas complementarias de la filología: la codicología y la paleografía.

La ciencia del manuscrito o codicología (*codex-logos*) consiste en el estudio del libro manuscrito, en el caso que nos ocupa griego o latino, tanto en sus aspectos sociales, culturales y materiales. En un sentido amplio, esta ciencia estudia las condiciones de producción y el medio en que ha sido realizado y conservado; y en un sentido estricto se trata del estudio, examen o autopsia material del *codex* (**estudio codicológico**: material/soporte de escritura, decoración, tipo de paginación, plegado de los cuadernos, datación, estado de conservación y encuadernación).

La paleografía, por su parte, se define como el elemento técnico de la codicología. Consiste en el desciframiento y lectura del texto contenido y, por tanto, de las abreviaturas empleadas por los copistas, de su datación y localización de acuerdo con las características de la escritura. Sólo el desciframiento de la escritura conlleva una actividad filológica en sí en cuanto actividad interpretativa.

Tema 1: El texto en la Antigüedad grecolatina. Materiales y soportes de escritura. La transmisión de los textos clásicos hasta el fin de la Antigüedad. Las bibliotecas de la Antigüedad. Las escuelas tardo antiguas y la conservación de los textos.

1. 1. Materiales y soportes de escritura¹

En un principio, la memoria fue la depositaria de la cultura. Por este motivo, se han perdido muchas obras (*ἔπεα πτερόεντα* = «aladas palabras»). Cuando empezaron a plasmarse las palabras por escrito y dejaron de ser «aladas» (*verba volant, scripta manent*) comenzaron a utilizarse muchísimos soportes.

Los primeros ejemplares de soportes son **duros**: cortezas (árbol del tilo, cuta corteza interior resultaba muy apropiada para la escritura), huesos, caparazones de moluscos, hojas, ostraca, e incluso tela como el lino (*libri lintei magistratum: corpora* judiciales y forenses de asambleas romanas).

El grado de dureza del material determina las distintas disciplinas que estudian los soportes; de este modo, la epigrafía estudia los soportes duros y la papirología, por ejemplo, los soportes blandos, como los papiros, y la codicología los códices o manuscritos. La paleografía es una ciencia común a todas estas disciplinas, es independiente del grado de dureza del material, pues siempre estudia la escritura.

- **Soportes duros -> epigráficos:**

Mármol, granito, bronce (minerales). En bronce se escriben las leyes (*Lex Flavia malacitana*) y todo lo que tiene que ver con la política.

¹ Se recomienda estudiar con el apoyo de las imágenes del cv: <https://filosofia.cv.uma.es/mod/folder/view.php?id=783876>

Tabulae defixionum: tablillas de madera o metal (a menudo plomo) que contienen maldiciones, hechizos de amor, imprecaciones, insultos y sentimientos de odio hacia alguna persona, pero también hechizos de amor. Es cultura popular; superstición.

Terracota (*ostraca*), sobre los que se escribe el nombre del político que debe ser condenado a la exilio (ostracismo). También usados para anotaciones personales.

- **Soportes blandos** (papiro y pergamino). ¡Atención a no confundir formato y soporte!

1. Papiro (en formatos rollo o volumen, aparece en Grecia hacia el s. V a. C; es importante saber que es el formato librario griego por excelencia. En Egipto ya se utiliza mucho antes). El papito es el material más caro. Procede de Egipto, de las orillas del Nilo, pero también había papiro en Siria y Palestina (*πάπυρος*, *papyrus* lat.).

La planta del papiro es un junco palustre de las familia de las ciperáceas.

Elaboración (fuente: Plinio el Viejo, *Historia Natural* 13. 74-82): Para realizar las hojas de papiro se necesitaba el material fresco, por lo que se trataba en el lugar de procedencia y luego se exportaba. La parte central del tallo se cortaba en láminas (*φάλλοι*) que se iban depositando en una tabla húmeda una junto a otra. Encima se superponía una segunda capa y se prensaban hasta formar una especie de rectángulo y así se formaba la hoja de papiro. Después se secaba al sol y se pulía con un objeto de marfil o piedra pómez para alisarla y facilitar la escritura. Una vez pulida, la parte de la hoja resultante sobre la que se escribe es el recto (*rectus*), no se escribe sobre el verso (*versus*). ¿Por qué sólo se escribe el recto? Porque el recto contiene fibras horizontales de la planta que permiten la escritura, mientras que en el verso quedan las fibras verticales y no puede escribirse (sólo de manera puntual, por razones económicas, en casos de reutilización o como

borradores se escribe en el verso.). La hoja resultante se denomina κάλλημα (*plagula* lat., también atestiguado como *charta*). Estas καλλήματα se pegaban para formar **el rollo o volumen de papiro** con un pegamento natural a base de agua, harina y vinagre. Cada κάλλημα se pegaba bajo la otra, por debajo. Plinio el Viejo emplea la palabra *charta* para designar la hoja de papiro sin tratar ni escribir.

Rollo y volumen son dos conceptos diferentes referidos a formatos librarios para una realidad muy similar que tiene que ver con el sentido de la lectura: la diferencia estriba en que el **rollo** (*rotulus*) es de **inspiración circular** (se abre y lee verticalmente) mientras que el **volumen** (τόμος, *volumen* lat.) no es más que un **rollo horizontal**, esto es, se abre y se lee horizontalmente (de izquierda a derecha; con la mano derecha se desenrolla y con la izquierda se va enrollando el texto leído).

En ambos la escritura se realiza sobre el recto con un cálamo y tinta animal o vegetal (carbón, tinta de calamar...) y se dispone en columnas.

Hasta la fecha no nos ha llegado ningún rollo completo griego o romano, pero conocemos su imagen y tipología gracias a la pintura y a las fuentes literarias.

Como soporte de escritura predominó durante toda la Antigüedad grecolatina.

El rollo se podía componer de una banda de papiro, pero también de pergamino (desde el s. II d. C., cuando el pergamino va ganando terreno al papiro, como veremos más adelante).

Para reforzar el rollo o volumen se le pegaba en un extremo una varilla llamada ὀμφαλος (*umbilicus* lat.). Los extremos de la varilla recibían el nombre de *cornua*. Los rollos y volúmenes tenían un cierre para evitar que se abriesen (*lora*) y se guardaban en unas cajas/cofres (*capsa*). Para saber qué contenía cada

papiro, se colgaba una etiquetita, el σίλλυβος (*sillybos* lat.), que informaba del autor, obra, número de líneas, etc.

La disposición de la escritura en la hoja de papiro era en columnas (σελίδες). El volumen acabado se denominaba βιβλίον o βίβλος (*liber* lat.).

Ya en la Edad Media se fue abandonando su uso como soporte para obras literarias, pero pervivió como soporte documental.

2. Tablillas de cera

No se consideran un tipo librario como tal, pero sí que representan un antecedente del códice y del libro actual.

Las tablillas fueron usadas tanto en Grecia como en el mundo romano. En el mundo romano, ya desde época arcaica se usaron en muchos ámbitos (no en el literario), si bien no nos han llegado tablillas tan antiguas y nuestras fuentes para su conocimiento son los autores romanos. En época arcaica, estas tablillas son el reflejo de una sociedad iletrada, sin intereses literarios, carente de prácticas de lectura. A partir del s. I. d. C., los romanos, al helenizarse, adoptan el libro de tipo griego, es decir, el rollo de papiro, pero las tablillas seguirán utilizándose como soportes de textos documentales, jurídicos, personales y para uso escolar.

Las tablillas gozaron de una gran difusión porque resultaban muy baratas y prácticas (podía borrarse la capa de cera escrita frotando con el dedo o con el lado plano del *stilus* = caña afilada, generalmente de metal, pero también podía ser de hueso, marfil); además, eran bastante sencillas de confeccionar.

Por lo general se componen de 2 láminas (*diptycus*), 3 (*tripticus*) o de cuatro o más (*polyptichus*) y hasta un máximo de 10 láminas de madera.

Para escribir sobre ella se rellenaba la plancha de madera de cera por la parte central y se escribía sobre la cera. En los casos más cuidados incluso se blanqueaba el color de la cera (*tabula dealbata* o *album*). La escritura se disponía

paralelamente a los lados cortos, aunque se han encontrado casos, muy escasos, en los que la escritura se dispone en paralelo a los lados largos.

Las más utilizadas fueron las del tipo *trypticus* porque permitían mantener el texto protegido; en este caso tenemos tres tablillas con seis carillas: las caras 1 y 6 actúan como tapas o cubiertas del documento, se escribían la 2 y la 3, la 4 se reserva para suscripciones y sellos y la 5 se empleaba para incluir un resumen del documento. Este tipo de empleo era frecuente para escribir documentación doméstica, registros... [p. ej., las 127 tablillas halladas en la casa pompeyana del banquero L. Caelius Iucundus (79 d. C.)] o documentos más lujosos, de carácter celebrativo (algunas, incluso de marfil y con inscripciones en oro, recogen la ascensión de un magistrado romano al título de cónsul y se repartían entre amigos y familiares). Existe también un tipo de tablillas empleadas como cartas (estas no son enceradas; ojo): un ejemplo son las tablillas del campamento Vindolanda, junto al muro de Adriano (Reino Unido), escritas con tinta a base de carbón sobre madera.

Para que no se perdiesen las láminas de madera, se hacía unos agujeritos en la parte interna por los que se pasaba una cuerda de cuero y así se “encuadernaban”.

Pero las tablillas tuvieron especial éxito en la enseñanza, su uso como material escolar estaba muy difundido, de manera que los estudiantes tanto de Grecia como de Roma aprendían a leer y a escribir en sus propias tablillas enceradas.

[H.I. Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, (trad. esp.) Madrid 1985.]



Vasija de pinturas rojas que representa la escena de un pedagogo, con tablilla y *stilus*, enseñando a un niño

3. Del rollo y volumen al códice

Entre los ss. II y IV el rollo y volumen de papiro fue desapareciendo de manera gradual y se fue imponiendo el códice como formato librario. Hasta el s. II d. de C., el formato habitual había sido el rollo y volumen, de material papiro, aunque ya desde antes se usaban las tablillas enceradas con fines didácticos y escolares o personales, si bien es cierto que los romanos extendieron su uso a documentos de carácter legal. Fueron los mismos romanos quienes sustituyeron las tablillas enceradas por hojas de pergamino, que usaron como cuadernos de notas (las llamadas *membranae*). Aún debería pasar tiempo para que dichos cuadernos se convirtieran en libros y albergaran obras literarias, pero no cabe duda de que éste es el antecedente del formato códice. El escritor satírico Marcial nos ofrece un testimonio del uso de estas *membranae* en el s. I. de nuestra era, entre los años 84-86. Marcial los define como un formato compacto y muy manejable, sobre todo para el viajero, e incluso indica la tienda en que pueden comprarse en Roma (Marcial, *Epigramas* 1.2.7-8). Las *membranae* no eran sino unas hojas de pergamino que formaban cuadernos, unidas mediante cuerdas a través de agujeros perforados en el margen izquierdo del pergamino. Sin embargo, las *membranae* no debieron de gozar de mucho éxito., pues en el s. IV d. de C. el

volumen cae en desuso frente a la manejabilidad y comodidad del código de pergamino. Hay que tener en cuenta que en Oriente también se empleaban códigos de papiro, sobre todo en Egipto, dado que el material era de origen egipcio.

- **Soporte: elaboración del pergamino** (περγαμινή, *pergaminum* lat.; literalmente:

“de Pérgamo”).

Se cree que fue inventado en Pérgamo ya en época helenística. Al parecer, según cuenta el escritor romano Varrón, porque el gobierno de Egipto prohibió su exportación, y esta crisis obligó a la búsqueda de soportes alternativos; parece que así nació el pergamino en Pérgamo, si bien es verdad que no se encuentra su uso generalizado hasta los primeros siglos de la era cristiana.

Se emplea la piel de un animal joven (becerro, cabrito, cordero...). El proceso de fabricación del pergamino era muy largo. El primer paso era lavar la piel durante un día y una noche en agua fría, para luego remojarla en agua y cal, provocando la caída del pelo y la separación de las capas de la piel, pues la que se empleaba para la confección era la dermis (se descartaban la epidermis y la hipodermis). Más tarde la piel era tendida para su secado en una plancha vertical, donde el fabricante raspaba el pelo sobrante. Posteriormente se volvía a mojar y planchar, eliminando los posibles restos de carne y pelo que quedarán. El secado final de la piel se realizaba estirándola en un caballete de manera.

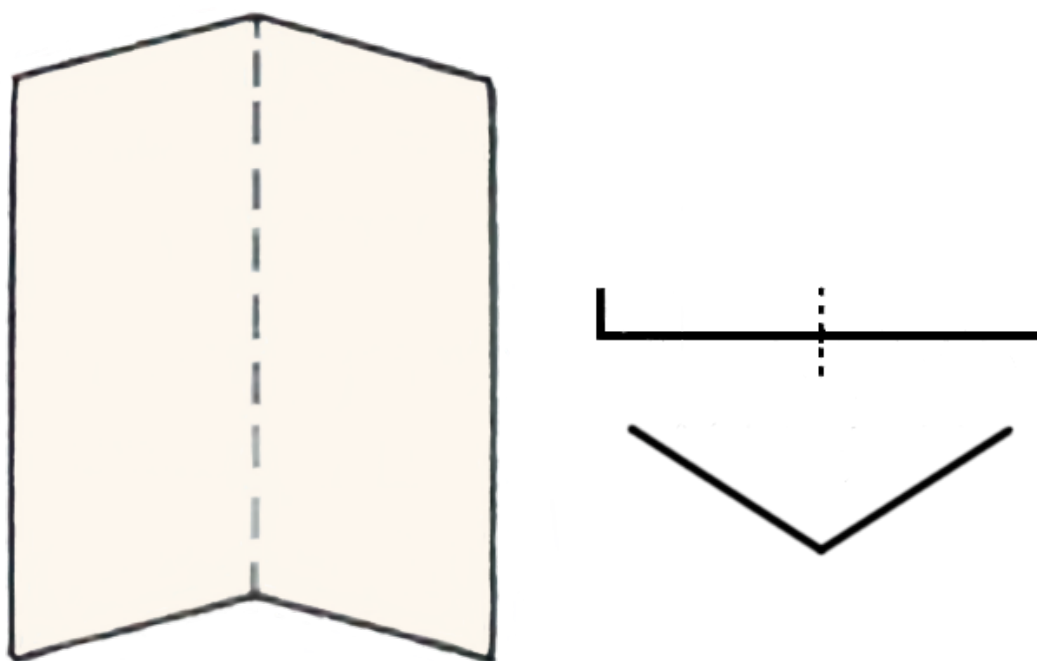
- **Formato: ¿cómo es un código?**

La unidad mínima del código es el bifolio, es decir, un folio plegado por la mitad (el “libro” más sencillo posible sería un simple bifolio, doblado por la mitad: v. ilustración abajo). Los bifolios se reúnen para formar en fascículos o cuadernos/cuadernillos que se unen mediante cosido. El formato de cuadernillo o fascículo más común es el llamado “cuaternión”, esto es, 4 bifolios que dan lugar

a 8 páginas. También hay biniones (2 bifolios = cuatro páginas), terniones (3 bifolios = 6 páginas), quiniones (5 bifolios = 10 hojas), etc.

El instrumento usado para escribir los códices fue la pluma de oca, que fue sustituyendo progresivamente al cálamo con el que se escribían los rollos y volúmenes de papiros.

La escritura, al contrario que en el papiro, se dispone a plena página o a dos columnas (herencia de las columnas de los volúmenes de papiro), aunque no faltan ejemplos que se salgan de este canon y presenten la escritura a más de dos columnas, aunque son escasos.

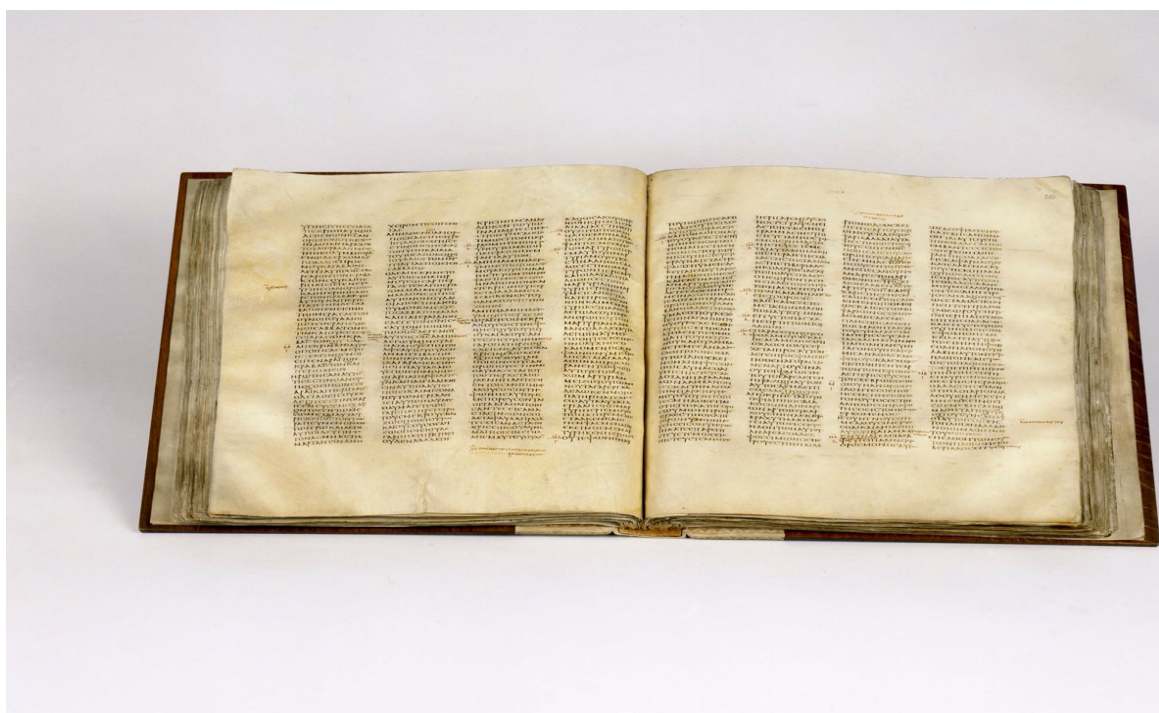


Bifolio

Según G. Cavallo, existen tres tipos de códices:

- **Códice griego en papiro** (ss. IV-V d. C.): para transmitir textos y autores consagrados para uso escolar y privado. La escritura es a plena página (no en columnas), lo que garantiza un margen amplio para escribir escolios y comentarios con los que se explica en texto. Es de forma rectangular y de grandes dimensiones.

- **Códice griego en pergamino** (ss. V-VI): para la élite aristocrática o bien acomodada. Escritura a dos columnas, por lo que deja poco espacio en los márgenes. Éste es el códice griego cristiano, de ahí el tipo de escritura tan caligráfica y su ornamentación esmerada. Este será también el códice que impondrá en el Medievo. De hecho, entre los siglos V y VI d. C. se crean los primeros *scriptoria* (lugares donde se confeccionan y escriben códices) episcopales e imperiales.



Codex Sinaiticus (s. IV d. C.), la Biblia cristiana más antigua, actualmente conservado en la Biblioteca Vaticana.

Puede visitarse en:

<https://www.codexsinaiticus.org/en/manuscript.aspx?VIEWSTATEGENERATOR=01FB804F&dir=next&folioNo=1&lid=en&quireNo=10&side=v&zoomSlider=0>

- **Códice latino o romano** (ss. IV-VI d. C.): los hay de pergamino, porque era más barato que el papiro; estos se reservan para uso literario. El de papiro, por su parte, se dedica a textos provisionales y códices de pretensiones más modestas.

Una de las circunstancias que propiciaron que el pergamino se impusiera al papiro como material fue su durabilidad: aunque un rollo o volumen de papiro podía durar hasta 300 años, el pergamino resultaba ser mucho más duradero; de hecho, nos han llegado códices de pergaminos muy antiguos en buen estado (los más antiguos datan del s. IV, como el codex Sinaiticus). Esta circunstancia (o sea, el empleo del pergamino) fue fundamental para la conservación y pervivencia de la literatura clásica a los largo de los siglos. Se cree, además, que los primeros cristianos jugaron un papel fundamental en la consolidación del código de pergamino como formato frente al volumen de papiro, pues ya desde el s. II está testimoniado su uso para los textos bíblicos; así pues, los primeros cristianos pronto se inclinaron por este formato por las ventajas que ofrecía.

- Pero ¿cuáles son las **ventajas** de código frente al rollo y volumen?

No cabe duda de que uno de los motivos que propiciaron el paso de un formato a otro es la comodidad y la legibilidad. De hecho, el código ofrecía muchas más ventajas que el volumen: era más fácil de manejar (como un libro actual), podía contener mayor cantidad de texto y, sobre todo, era más fácil de consultar (podían ordenarse y consultarse por número de folios).

Además de factores materiales como los anteriores, hay otros factores de naturaleza histórica, social o cultural, estrechamente ligados a los factores materiales, que propiciaron la difusión del código como soporte, fundamentalmente el hecho de que los cristianos primitivos, al adoptar el código de pergamino para copiar las Sagradas Escrituras, dieran el primer paso para que se difundiera este formato al resto de la literatura pagana. De hecho, hasta la adopción absoluta del código por parte de los paganos, se puede decir que el formato estándar para los paganos era el rollo y volumen de papiro mientras que para los cristianos el código de pergamino.

Pero el cambio de un formato a otro implicaba la *transferencia de la literatura de los rollos de papiro a los códices de pergamino*. Éste fue el primero de los escollos a los que tuvo que enfrentarse la literatura clásica. Y es que la transferencia de un formato a otro supuso una selección de los textos con su consecuente pérdida para la posteridad. Es posible que obras poco leídas no fuesen copiadas del volumen al códice y, con el paso del tiempo, los volúmenes de papiro desaparecerían o se deteriorarían notablemente. Las consecuencias de esta transmisión de un formato a otro fueron enormes, pues si bien en algunas ocasiones dieron lugar a la pérdida de obras, en otras más afortunadas generaron la formación de nuevas unidades y agrupaciones de textos literarios en formato códice.

Las tipologías de códices más importantes derivadas del paso del rollo y volumen al códice son:

- **Corpora:** obras que se hallaban en más de volumen de papiro se transcribieron en un solo códice: nacen así los primeros *corpora* de un solo autor (corpora de Homero, de Plauto, Plutarco, etc.);
- **Códice misceláneo:** obras de diversos autores pero afines en el género literario (épica, lírica, historia, etc.) fueron reunidas en un mismo códice;
- **“La biblioteca sin biblioteca”** (denominación empleada por los expertos en codicología): es la forma primitiva de la antología; es decir, una colección de textos de contenido heterogéneo de distintos autores en un único códice. Se destinaban sobre todo a uso escolar.

El códice de pergamino fue muy empelado hasta la Baja Edad Media, cuando comienza a difundirse el papel después de que este llegara a España (s. XI) gracias a los árabes. A partir de entonces, el papel va sustituyendo al pergamino como soporte de los códices, dado que el pergamino era mucho más costoso y lento de confeccionar que el papel. De hecho, sabemos que cuando había

carencia de pergamino o alguien podía permitir comprarlo, era frecuente que se rascase con una cuchilla y se escribiese encima: se trata del **palimpsesto** (gr. *πάλιν* + *ψηστός* (“de nuevo” + “raspado/borrado”). Esta acción comportaba, en muchas ocasiones, la pérdida de obras.

© Prof.a Paula Caballero Sánchez

No se consiente la reproducción ni comunicación pública o venta a través de Internet.

Tema 2.1: Conservación y pérdida de los textos en el Mundo Antiguo. La transmisión de los textos clásicos hasta el fin de la Antigüedad.

2.1. La producción y el comercio del libro en la Antigüedad grecorromana

Hay que tener en cuenta que en muchas culturas, y entre ellas la griega, la literatura es anterior a la lectura (en caso de Grecia, es Homero). De este modo, el núcleo de los poemas homéricos se transmitió de manera oral durante los siglos en los que parece que se había perdido la escritura hasta el s. VIII a. de C., cuando finaliza la denominada *Época oscura*, que abarca desde el colapso de la civilización micénica (1200-1100 a. de C.), hasta el s. VIII a. de C. En el s. VIII, durante el cual se adapta el alfabeto fenicio a la escritura griega, se ha creído tradicionalmente que no consideró necesario poner por escrito los poemas homéricos porque la tradición oral aún seguía muy vigente. Así pues, según cuenta la tradición, fue el tirano de Atenas, Pisístrato (s. VI), quien ordenó hacer una copia oficial de los poemas homéricos para que fueran leídos en la Panateneas (fiestas celebradas en Atenas dedicadas a su diosa fundadora, Atenea). Sin embargo, se debió de tratar de un hecho puntual, pues su puesta por escrito no tuvo ninguna consecuencia para su circulación como copia escrita. Lo cierto es que, como decíamos, el hábito de oír la poesía en lugar de leerla aún imperaba, de modo que, en este periodo, y hasta el s. V a. de C., los libros no son más que una rareza.

Podríamos decir que el “libro” nace cuando los autores y filósofos sienten la necesidad de poner por escrito sus obras; contamos con el ejemplo del presocrático Heráclito, quien depositó su tratado en un templo, y tal vez por este motivo sobreviviera hasta la época de Aristóteles, quien pudo leerlo en el s. IV a. de C. En este contexto, se puede considerar que las primeras obras (con escasa copia y difusión) que pudieron llegar a un público reducido y modesto fueron las

de los presocráticos, los historiadores jonios o la de los sofistas. Es posible que también hubiese cierta demanda de copias para textos escolares con los que los niños aprendían. Lo cierto es que hasta mediados del s. V no se puede decir que exista cierto comercio de libros en Grecia: sabemos que había algunos puestos en el ágora de Atenas en los que se vendían libros (Eupolis fr. 304K); Platón, en su *Apología de Sócrates* (26), pone en boca de su maestro que los libros del presocrático Anaxágoras pueden comprarse en Atenas. De lo que no tenemos datos es de los detalles y de la magnitud de este comercio.

2.2.1. Comercio y actividad comercial en la Atenas clásica

Según Wilamovitz, los primeros libros escritos en Grecia fueron los de los clásicos. Él entendía el libro en la Antigüedad como un escrito que el autor publicaba con la mediación de un comercio librario organizado para beneficio o perjuicio de un público que lo espera. Tal vez se trate de una definición del libro demasiado rigurosa, más cercana a la realidad editorial de su época. De acuerdo con su definición, él consideraba que los primeros escritos en Grecia a los que se podía otorgar con justicia el nombre de “libros” fueron los de los trágicos atenienses, porque su público constituía una demanda real.

Sin embargo, los testimonios han demostrado que los primeros libros que se escribieron, según Turner, fueron los textos en prosa de los filósofos jonios (siglos IV-V) y, aunque en esta época los libros no conocen una difusión en serie y un público organizado, esto no merma su carácter de libro. Los primeros libros son anotaciones simples o promemoria (“apuntes”) que reciben en griego el nombre de *ὑπομνήματα* (“memorias”) y habrían tenido una manifestación puramente oral o escrita entre el círculo de discípulos del filósofo. Esto es, el tratado en prosa como tal se limitaba a conservar por escrito el *logos* (la palabra/discurso) del maestro, pero ni siquiera en la forma exacta en que éste había sido enunciado ante sus oyentes/discípulos, sino, por lo general, en una

versión para que estos *logoi* fueran fácilmente memorizables por los discípulos que, suponemos, no tenían una copia escrita. Una vez escritos los *ὑπομνήματα*, éstos adquieren una vida independiente del autor, es más, le sobreviven a través del tiempo. Por ejemplo, la consagración de la obra de Heráclito al templo de Éfeso significaba ponerlo al alcance de cualquiera, pero utilizarlo en una cultura aún muy oral como la de la Grecia arcaica era sinónimo de memorizarlo, no de copiarlo. Pero no es inverosímil que más tarde hubiese visitantes del templo interesados en encargarse una copia del original para llevárselas a su patria de origen; de hecho, según apuntan las fuentes, así parece que el libro de Heráclito llegó a Atenas: en una copia realizada a partir del original custodiado en el templo de Éfeso. Algo similar puede decirse de la aspiración del logógrafo Hecateo de Mileto por fijar sus investigaciones en un texto escrito, utilizando, como él mismo afirma, la tecnología de la escritura como garantía de veracidad.

Pero ¿cuál es la función del libro en la Antigüedad? Lo cierto es que el libro solía concebirse como un registro de hechos para recordar; un remedio eficaz contra el olvido. La difusión de esta concepción de libro, ya fuese escrito en prosa o en verso, estaba muy difundida en la Grecia clásica: la encontramos por ejemplo, en el *Palamedes* de Eurípides, donde se emplea la fórmula “remedios del olvido” para las vocales, las consonantes y las sílabas. Pero en esta tragedia se encuentran, además, dos valoraciones sobre la palabra escrita muy interesantes:

- En primer lugar, la escritura hace desaparecer las barreras temporales y espaciales en la adquisición del conocimiento;
- En segundo lugar, la tecnología de la escritura se revela muy eficaz como instrumento del derecho privado y público (Eurípides pone como ejemplo los testamentos), pues una vez fijado por escrito, evita interpretaciones arbitrarias y litigios innecesarios.

Esta concepción de libro como registro de hechos para recordar y remedio contra el olvido fue introducida en el s. V a. de C. en Atenas de la mano del presocrático Anaxágoras, afincado en Atenas. Sobre esta concepción se basaron una serie de manuales y tratados técnicos expresados en un lenguaje sencillo, con un estilo muy similar al de los decretos de asambleas o documentos legales, de los que sólo conservamos el nombre: *Sobre la tragedia* (Sófocles), *Sobre la simetría del cuerpo humano* (Policleto), *Sobre el urbanismo* (Metón), etc. El estilo de esta forma primitiva de prosa es muy rudimentario, pues no está destinada ni a la declamación retórica ni a la lectura pública. Lo escrito en prosa no tiene rango literario, pues eso está reservado al verso. Pero en Atenas, precisamente porque estos libros ya circulan por escrito entre un público restringido y libre de la tutela de su autor, ya podemos considerarlos libros en el sentido pleno del término.

Es importante mencionar que la poesía, por ser de naturaleza oral, tenía asegurada su vida y transmisión a través de la palabra, a través de la oralidad, si bien podía ser puesta por escrita en pequeños círculos o con motivo de alguna fiesta (como en el caso de las Panateneas en Atenas en el siglo VI de acuerdo con la orden de Pisístrato). La poesía permanecía viva en la mente de los griegos gracias a que se cantaba incesantemente en las recitaciones públicas y en la escuela. Sin embargo, la prosa, que no estaba destinada a la oralidad, sólo podía garantizar su supervivencia mediante la palabra escrita.

Del libro-registro al libro literario

Con el crecimiento de la cultura sofística (mitad siglo V), cambia la concepción del libro. El movimiento, como movimiento educativo dirigido a la educación cívica-retórica de la clase política ateniense, hizo posible que por primera vez la palabra escrita y la palabra hablada, en los libros de prosa, fuesen de la mano. Por primera vez estos “apuntes”, al ser la sofística un movimiento dirigido a los

futuros políticos, adquieren un gran estilo porque son los primeros libros y discursos para ser pronunciados en público (retórica), en las asambleas, en los tribunales o en las recitaciones públicas. Cuenta Diógenes Laercio (siglo III d. de C.) que el sofista Protágoras leyó un discurso en Atenas a mediados del s. V, y la enciclopedia bizantina *Suda* (siglo X) recoge, si bien este testimonio no goza de mucho crédito por parte de los investigadores, que Pericles fue el primero en pronunciar ante los tribunales un discurso escrito, mientras que sus predecesores habían improvisado sus discursos. Con el fin de persuadir, la prosa se hace retórica.

Se cree que la publicación de los discursos sofísticos (y del discurso oratorio en general) tenía lugar en dos etapas. La fuente es Isócrates (s. IV a. de C.), quien cuenta que la publicación de sus discursos se realizaba en dos fases:

1. Lectura-declamación del discurso delante de un auditorio;
2. El orador mandaba hacer un número de copias determinada y limitada del discurso pronunciado, que se distribuían entre los miembros interesados del auditorio (διαδιδόναι: «distribuir»).

Este tipo de edición no es comparable con la producción editorial moderna, porque estas copias dependían del autor o de su mecenas, no de un editor. No sabemos si en Atenas existió un mediador entre autor y público; un editor en sentido moderno. Lo que sí sabemos es que existió un comercio de libros en manos de ciudadanos no atenienses o extranjeros (metecos). Los testimonios revelan que los libros se vendían muy baratos, algo que ha planteado problemas, pues la materia prima por sí ya era bastante cara (papiro). Aunque la mano de obra generalmente era esclava, el coste de un escriba profesional y el de la materia prima salían muy caros. Los investigadores creen que los precios podrían haber bajado muchísimo después de la guerra del Peloponeso. Según las fuentes, los autores que más se vendían en los puestos del ágora ateniense que eran los

sofistas (Eupolis fr. 304K). Platón, en su *Apología de Sócrates* (26), pone en boca de su maestro que los libros del presocrático Anaxágoras pueden comprarse en Atenas. De lo que no tenemos datos es de los detalles y la magnitud de este comercio.

Por lo que se refiere a las **obras dramáticas**, lo más verosímil es que circularan copias limitadas para atender a las necesidades de la representación y que éstas se encontraran archivadas en el archivo de Atenas para consultas puntuales. Según Turner, es difícil imaginar que el público las leyese cuando tenían la oportunidad de asistir a sus representaciones.

Según Denniston, que se dedicó a estudiar los ejemplos más significativos de las burlas hechas por Aristófanes a los libros y sus poseedores, éstos revelan que los libros eran objetos tan raros que permitían definir cómicamente un tipo de persona y que los libros eran vistos como una novedad ridícula y estrambótica en la Atenas del periodo clásico. También respecto a los libros, hay una **crítica clara por parte de los filósofos**, que se muestran muy preocupados por el efecto superficial entre la juventud de la materia leída pero no asimilada mediante la conversación entre discípulo-maestro. El análisis más claro se encuentra en el mito platónico de Theuth y Thamus (*Fedro* 247 y ss.), donde Sócrates expone que la escritura no es un remedio para el recuerdo, sino un recurso para recordar lo que ya se conoce (inhibición del pensamiento), que el mensaje escrito es un libro monolítico y rígido (inhibición de la comunicación: el libro no puede responder ni preguntar) y que el libro invita al lector a confiarse a los recuerdos de otra persona aprisionados en la letra escrita (alienación del pensamiento); por estos motivos, las palabras sembradas con tinta en los libros no son fecundas, así pues escribir libros no tiene más utilidad que la de un pasatiempo o un recurso para no olvidar lo que ya se sabe: la escritura no es método de reflexión y enseñanza.

2.2.2. Comercio y producción libraria en Roma

Si bien la literatura en Roma nació en torno al s. III a. de C., no hay apenas noticias de un comercio de libros antes de la época de Cicerón, esto es, hasta el siglo I a. de C (época republicana). Hasta este momento, los límites de la producción debieron de limitarse a un entorno doméstico. Sin embargo, a partir del final de la República romana, los libreros y copistas (*librarii* en latín) desarrollaron un activo comercio. El caso más claro, gracias a las fuentes conservadas, es el del amigo y “editor” de Cicerón, Tito Pomponio Ático (también era historiador), quien puso a disposición de sus amigos autores a sus *librarii*. Por su correspondencia, sabemos que Ático revisaba la obra de Cicerón, que le corregía el estilo, discutía con él si era conveniente ponerla en circulación o no, le aconsejaba acerca del título, organizaba lecturas privadas de sus nuevos libros e incluso organizaba su distribución. Sin embargo, frente al mundo moderno, en el mundo antiguo no existían los derechos de autor (los escritores subsistían gracias a un mecenas) y los beneficios de la compra de las copias eran para el editor, no para el autor. O sea, el autor entregaba su obra al “editor” por la que percibía una cantidad de dinero determinado, pero, una vez en circulación, los beneficios de la compra eran para el “editor”.

Como mencionamos, una vez que el autor entregaba su obra, éste perdía su tutela sobre ella, pues ya circulaba independientemente y, en ocasiones, con errores. Estos errores podían ser subsanados si el autor pedía a sus amigos que poseían una copia que los corrigiesen, pero las copias restantes quedaban sin corregir. Tenemos epístolas de Cicerón en los que éste le pide Ático que corrija algunos errores de una obra que ya circulaba; de hecho, esto explica que nos hayan llegado dos versiones diferentes de una misma obra de Cicerón, o sea, dos versiones de dos “ediciones”, como ha ocurrido con sus *Academica*.

Los “editores” tenían en cuenta que en cada punto de venta tenía que haber un ejemplar base (primeras copias), pues éstos constituían el canon textual para las copias posteriores que se venderían en otros puntos. Estas copias que servían de canon nunca se vendían. Los precios podían oscilar según el lugar y dependían de la demanda.

En este periodo, el comercio de libros florece a la par que lo hacen las bibliotecas (el emperador Augusto fundó hasta dos bibliotecas públicas: una en el templo de Apolo, en el Palatino, y la otra en el Campo de Marte) y la educación. Por este motivo creció la demanda de obras populares y escolares, lo que pudo generar que circularan copias de baja calidad copiadas por *librarii* poco expertos o de poco prestigio.

Durante toda la época imperial romana el panorama editorial será el aquí descrito, pero, como ya hemos estudiado, entre los ss. II y IV d. de C. sucede un hecho crucial: el rollo de papiro se irá abandonando gradualmente en favor del códice de pergamino, con las consecuencias que ya conocemos para la transmisión y preservación de la literatura antigua.

Tema 2.2

Las grandes bibliotecas de la Antigüedad

© Prof.a Paula Caballero Sánchez

No se consiente la reproducción ni comunicación pública o venta a través de Internet.

No parece que Atenas existiese una biblioteca general y pública mantenida con fondos del Estado. Los **ejemplares modelo** a partir de los cuales se realizaban las copias usadas en las representaciones dramáticas y en festivales seguramente se conservaban en **archivos públicos**. Pseudo-Plutarco, en *Vidas de los diez oradores* 841f), atribuye al legislador Licurgo (IV a.C.) una propuesta para conservar las obras en estos archivos.

Los avances en educación y ciencia del s. IV a.C. propician que se funden **instituciones académicas** con sus propias bibliotecas. Estrabón dice que Aristóteles dispondría de una gran colección debido a los amplios intereses eruditos del **Liceo**. La colección del Liceo y la de la **Academia** platónica fueron los modelos que imitó el rey de Egipto para fundar la famosa biblioteca de Alejandría (Diog. Laert. 4.1., 5.1.).

Gracias a las bibliotecas y a los filólogos se ha **conservado** un 10% de la literatura griega antigua. En esta transmisión jugó un papel fundamental la fundación del **Museo de Alejandría** (289 a.C.), un templo dedicado a las Musas, con la biblioteca como centro de actividad filológica y editorial. La literatura **no conservada** fue víctima de incendios (la propia Biblioteca de Alejandría, en el s. I a. de C.), saqueos y destrucción (como en el s. IV d. de C el *Serapeion* de Alejandría, una ampliación de la Biblioteca de Alejandría) o fenómenos como cambios de formato o transliteración de mayúscula a minúscula que comportaron la selección de unas obras determinadas y su consecuente pérdida.

2.2.1. El Museo y la Biblioteca de Alejandría

Para la creación del gran centro de investigación denominado Museo de Alejandría, y de la Biblioteca como parte de esta institución, fue fundamental la labor previa de Alejandro Magno, un gran filoheleno, al difundir la cultura helénica por el Mediterráneo y parte de Asia. La biblioteca como medio de conservación y difusión de la literatura griega fue idea, en el s. III a.C., de Ptolomeo I Soter, uno de sus generales y posterior faraón de Egipto, fundador de la dinastía ptolemaica o Lágida.

El Museo, gran templo del saber y el conocimiento en honor a las Musas, estaba presidido por un sacerdote y se convirtió en el centro de una comunidad literaria y científica que investigaba en el complejo sobre muchos campos: matemáticas, geometría, astronomía, botánica, zoología, filología... El Museo se mantenía con **fondos públicos**, a expensas del rey. Sus miembros tenían a disposición salas de estudio, laboratorios, un salón donde comían juntos; además, el sueldo que recibían procedía también de las arcas estatales. En el Museo también había jardines botánicos e incluso un jardín con animales salvajes para su estudio. Se cree que fue construido por **Ptolomeo Filadelfo** (Ptolomeo II, hijo de Ptolomeo I Soter, quien había concebido el complejo) hacia el 280 a.C. y obtuvo muy buena reputación, aunque la lujosa instalación también despertó envidia en algunas ocasiones¹.

La **Biblioteca de Alejandría** se hallaba en el mismo complejo de edificios del Museion o en sus alrededores. Fue encomiable el esfuerzo de la Biblioteca por formar **una colección completa de literatura griega**. Gracias al trabajo filológicos y a las necesidades de la biblioteca, comienzan a llegar a Egipto toda clase libros, a veces de forma incluso “poco legal”. Por ej. la anécdota que nos cuenta Galeno [17(1).607]: el rey egipcio necesitaba un texto fiel de una de las tragedias áticas, por lo que pidió la copia al archivo de Atenas. Se la prestaron a cambio de una fianza de 15 talentos. El rey decidió no devolver la copia y perder la fianza. También cuenta Galeno (15.105) que, en su afán por adquirir libros raros, a menudo los bibliotecarios eran engañados con falsificaciones.

La finalidad de la Biblioteca fue **reunir y sistematizar todo el legado escrito helénico, así como estudiar la cultura literaria helénica**. Su gran tarea fue también poner en orden la **masa de libros** que llegaron. Filólogos y eruditos de todo el mundo acudían allí para dedicarse al estudio de los textos, especialmente los homéricos. **Se trataba de ordenar, distribuir, catalogar, cotejar (confrontar las variantes de los textos) y comentar los materiales para hacerlos más accesibles e inteligibles**. El primer **catálogo de la biblioteca** fue obra de uno de sus directores, **Calímaco** (*Pinakes*) en el que dividía a los escritores por categorías y los disponía en orden alfabético.

¹ Por ej. el satírico Timón de Flíus escribe que “en el populoso Egipto se engordan muchos pedantes librescos que disputan sin cesar en la jaula de las Musas” (Athenaeus 1.22d).

Debido a las condiciones de producción de libros, los bibliotecarios tuvieron que hacer frente a los errores y las **corrupciones** de los textos copiados a mano. Los libros prehelenísticos no incluían ayudas para el lector para afrontar las dificultades de lectura y había pasajes oscuros, por lo que muchos textos presentaban **discrepancias**. Con el deseo de hacer más legibles y fieles los textos, los bibliotecarios avanzaron notablemente **en los métodos de estudio e investigación filológicos**.

Normalización y fijación.— En la Biblioteca de Alejandría, la filología nace de las dificultades que presenta el estudio de los textos adquiridos. Los textos copiados a mano que poseían estaban muy expuestos a errores generados durante el proceso de copia; además, la *scriptio continua* presentaba dificultades de transcripción y de lectura, que daba lugar a errores de copia. Ante este panorama, los filólogos de la biblioteca comenzaron a aplicar una metodología crítica para fijar el texto único de una obra.

Los filólogos y estudiosos ejercieron gran influencia en el estado de los textos que circulaban de Homero. Los estudiosos alejandrinos se dedicaron sobre todo a fijar el texto base o canónico de Homero, a partir del cual sacar copias para poner en circulación. En unos 50 años la multitud de volúmenes de papiros con redacciones heterogéneas de los textos de Homero que circulaban por el Mediterráneo fueron desapareciendo y sustituidos por versiones homogéneas copiadas a partir del texto canónico o base fijado en Alejandría. Este mismo método se aplicó a otros autores no tan conocidos. En Alejandría se hizo todo lo posible por fijar un texto base o canónico de todos los autores leídos por el público instruido.

Ayudas al lector. – Después de la normalización y fijación de los textos, la siguiente labor importante que nos legaron los filólogos alejandrinos fue el desarrollo de **ayudas al lector**. En primer lugar, la **transliteración del alfabeto ático antiguo al jonio**. Aquellos libros escritos en alfabeto ático antiguo (adaptado del fenicio), que databan del s. V a.C. y venían de la región del Ática, se transliteraron a la ortografía griega del alfabeto jonio. Por ej.: en Atenas se había usado oficialmente el alfabeto antiguo en el que el fonema /i/ se representaba con las vocales iota (ι), épsilon-iota (ει), ómicron-iota (οι), y el fonema /e/ con épsilon (ε), eta (η) y alfa-iota (αι). Esta escritura presentaba inconvenientes y ya antes del s. V a.C. el alfabeto jonio, más preciso y claro, era usado en algunas inscripciones atenienses y quizá también en los libros. La

transliteración al alfabeto jonio de los antiguos textos áticos ha sido reconocida como la norma desde época de Alejandría.

- La mejora de los métodos de **puntuación** y la invención de un sistema de **acentuación**, que se atribuyen a Aristófanes de Bizancio. Estos signos se incorporaron a las copias de estudio, no a las comerciales. Fueron usados hasta principios del s. X, pero no regularmente;

- Inventaron la **colometría**: se delimitan y definen periodos métricos de la poesía lírica. También creado por Aristófanes de Bizancio, que se dedicó a editar poesía y comedias;

- Avances en los **métodos de investigación por los miembros de la Biblioteca**. – La necesidad de normalizar los textos llevó a estimular los estudios de lingüística y literatura. Se produjo un gran avance en los métodos de investigación, más sistemáticos, que utilizaban los bibliotecarios para **fijar los textos** de Homero y otros textos antiguos. Discutieron los pasajes y elaboraron un **texto fiel** al original en la medida de lo posible; además, elaboraron **comentarios** exegéticos (**escolios**) sobre los pasajes de las obras que resultaban más difíciles de entender. Dichos comentarios trataban los problemas textuales y recogían las interpretaciones del texto en cuestión en cuanto a su contenido, estilo, forma, etc. En esta época, estos comentarios se recogían en un **librito aparte**. Para “enlazar” los comentarios con el pasaje del texto comentado, se incluían llamadas en el texto comentado que remitían a los comentarios recogidos en esos libros aparte. Aunque la mayoría de estos comentarios se han perdido, pueden reconstruirse gracias a los fragmentos que se incorporaron más tarde en los márgenes de los manuscritos medievales a modo de **escolios** marginales (en el margen) De este modo, se empieza a producir **literatura crítica** en abundancia, alguna muy especializada. Por ej. Zenódoto escribió una vida de Homero y un tratado sobre la duración de la acción de la *Iliada*.

- **Signos críticos**. – En los márgenes de los textos que se analizaban críticamente también podía incluirse una serie **signos críticos** inventados por los filólogos de Alejandría para estudiar las obras homéricas. Algunos de estos signos son:

- *Óbelos* ὄβελος (—), inventado y utilizado habitualmente por Zenódoto, director de la Biblioteca, indicaba que un verso era falso, pero también por Aristarco, gran estudiosos de Homero e inventor del signo, para indicar pasajes homéricos sospechosos;

- *Διπλή Διπλή (>)*: pasaje que requería aclaración por su contenido poco claro. Inventado y utilizado por Aristarco de Samotracia, otro de los directores de la biblioteca;

Διπλή περιεστιγμένη (>:), utilizado por Aristarco de Samos para indicar un verso que él pensaba que era falso, frente a la opinión de Zenódoto;

- *Asteriskós Ἀστερισκός (*)*, indicaba un verso incorrectamente repetido en otro pasaje. Inventado por Aristófanes de Bizancio;

- *Antisigma Ἀντισίγμα [)]*, también inventado por Aristófanes de Bizancio, indicaba pasajes en los que el orden de versos había sido alterado;

Este sistema de signos solo resultaba útil a los estudiosos especializados y no se incorporaban a las copias comerciales. El manuscrito veneciano de la *Iliada* Marc. gr. 454 del s. X² (el llamado “Venetus A” unos de los códices más importantes y antiguos de la *Iliada* que conserva, además de los signos críticos, una colección de escolios en sus márgenes, como ya era habitual en la Edad Media), constituye la fuente más completa y fiable de nuestro conocimiento del sistema de signos críticos de los alejandrinos. Estos signos aparecen en algunos manuscritos hasta el s. X.

Comentario. – Los comentarios a Homero (por ej. el de Aristarco) se han perdido y muchos de ellos pueden reconstruirse solo a través de los escolios conservados. Los alejandrinos habitualmente condenaban versos como “**espurios**” (falsos). Sus razones a menudo no convencen al filólogo moderno por su excesiva rigurosidad.

No obstante, filólogos como Aristarco merecen toda la admiración por haber desarrollado un principio de crítica textual fundamental: estudiar a un autor a través del propio autor. Esto es, para comprender los usos de un autor hay que recurrir a sus propios escritos (ej. *Homero a través de Homero*). Naturalmente, había que aplicar este principio con cabeza. Una interpretación errónea que aplicaba a menudo era que “si un texto literario contenía una expresión o palabra que solo aparece una vez (*hápax*) o difícil, ésta era espuria (falsa) y debía ser modificada por otra que se adecuase más a los usos del autor”. Ante ello, Aristarco o un discípulo suyo introdujo el siguiente principio

²[Mar.gr.454 o Venetus A](#)

complementario: “hay palabras o expresiones en Homero que aparecen solo una vez y deben ser interpretadas como genuinas y mantenerlas en el texto”.

En Alejandría se fijó también el texto de la **tragedia**, quizá tomando como referencia las copias del archivo de Atenas. Aristófanes de Bizancio ideó la **colometría** de los pasajes líricos. Se escriben tratados sobre aspectos de las obras escénicas y se atribuyen a Aristófanes de Bizancio los argumentos (llamadas en griego “hipótesis”) que precedían a las obras dramáticas en los libros. Fue especialmente interesante el trabajo de los alejandrinos para identificar los versos manipulados o añadidos por los propios actores en el drama ático, especialmente en las obras de Eurípides. Además, la escuela alejandrina llevó a cabo la **edición de las comedias**, de los **poetas líricos y de Píndaro**, y especialmente comentadas fueron las comedias de Aristófanes.

Si aún te pica la curiosidad y quieres saber más: https://historia.nationalgeographic.com.es/a/biblioteca-alejandria-destruccion-gran-centro-saber-antiguedad_8593

Para saber más sobre la naturaleza y magnitud del trabajo desarrollado en el Museo y en la biblioteca de Alejandría en otros campos del saber, <https://www.youtube.com/watch?v=CUhevI7-gZQ> (Karl Sagan, *Cosmos*).

2.2.2. Biblioteca de Pérgamo

Otra biblioteca importante en contexto helénico fue la de **Pérgamo**, fundada por Átalo I, pero construida e impulsada en el s. I a. de C. por el rey **Eumenes**. Cuenta el historiador Plutarco que llegó a albergar unos 200.000 volúmenes e incluso a rivalizar con la Biblioteca de Alejandría. Además, la tradición (Plinio el Viejo) atribuye a esta biblioteca la invención y empleo del **pergamino** como material de escritura.

Lo poco que sabemos de ella es que se distinguió por la publicación de estudios monográficos de algunos campos descuidados por los filólogos alejandrinos: inscripciones epigráficas, historiografía, medicina... Tiene una orientación diferente a la Biblioteca de Alejandría.

El bibliotecario y filólogo más famoso de la biblioteca de Pérgamo fue **Crates** (Cilicia, 200 a. de C.-140 a.C.), enemigo profesional de Aristarco. No quiso llamarse ni “filólogo” ni “gramático”, sino “**crítico**” (según él, significa tener un “discernimiento intelectual de los textos superior al del gramático y al del filólogo erudito”). Fue un

estudioso griego que se dedicó principalmente a la exégesis homérica sobre cuestiones históricas, mitológicas y geográficas, además de crítica textual. Impartió clases en Roma (ca. 169 a.C.), donde introdujo el estudio de la **gramática**.

En Pérgamo también destaca labor filológica llevada a cabo los filósofos **estoicos**, que reflexionaron sobre la **estructura de la lengua**. Prestaron especial atención a la literatura, sobre todo a Homero, al que interpretaron aplicando explicaciones **alegóricas**, o sea, desde un punto de vista **racional** y **didáctico**. También se ocuparon de **gramática** y de **lingüística** y elaboraron una terminología gramatical muy completa. De este modo, el estoico **Dionisio Tracio** (170-90 a.C.) escribió una gramática de la lengua griega: en ella habla de las partes de la oración, de las declinaciones, de las conjugaciones, pero no aborda la sintaxis ni el estilo. Fue una gramática muy vigente y popular, pues llegó a traducirse a otras lenguas como el siríaco y el armenio.

En contexto romano, el primer gran gramático romano fue **L. Elio Estilón** (ca. 100 a.C.). Se cree que pudo haberse formado precisamente en **Alejandro** asistiendo a las clases de Dionisio Tracio. Elio es el primer filólogo del que sabemos que empleó en Roma los **signos críticos** creados por los alejandrinos; de ahí que se piense que pudo haber estudiado en Alejandro. Este filólogo trabajó sobre los textos del comediógrafo **Plauto**, de quien también fijó un texto. En Roma circulaban muchas comedias de Plauto corruptas o manipuladas por los copistas; es decir, con añadidos e interpolaciones realizados durante el proceso de copia o adaptaciones o modernizaciones para acomodarlas al momento y al público de la representación; además, muchas circulaban bajo la falsa autoría de Plauto debido a la gran popularidad que cosechó el comediógrafo. También el gramático **Varrón**, discípulo de Elio Estilón, trabajó sobre **Plauto** y, de todas las obras que circulaban bajo la autoría de Plauto, le atribuyó **21**: este canon se conoce como *Fabulae Varroniana*, las 21 comedias de Plauto con las que actualmente contamos. Los romanos también trabajaron sobre el terreno del **léxico** y el **significado** de las palabras. Verrio Flaco escribió un léxico del latín denominado *De significatione verborum*.

2.2.3. Bibliotecas en Roma

Por lo que se refiere a las **bibliotecas en Roma**, no encontramos ninguna comparable a la de Alejandro. Sí que sabemos que había **bibliotecas privadas**, por ej.

la del propio Cicerón y la de su amigo y “editor” Ático. Fue **Julio César** el primero que planteó construir una biblioteca pública en Roma semejante a la de Alejandría, aunque al final su proyecto se truncó debido a su asesinato (*Idus de marzo*³ 44 a.C.). La primera biblioteca pública que se fundó fue la del **senador Asinio Polión** (39 a.C.), un aristócrata y político que fue gobernador en Hispania tras la muerte de César. Luego, en época imperial, **Augusto** crearía dos bibliotecas más. En tiempos del emperador Augusto, la literatura tuvo un fuerte y brillante apogeo porque el mismo gobernador fue patrón de las letras y les daría, además, fines éticos, civiles y patrióticos. Ello favoreció la creación de círculo literarios en Roma a cargo de amantes de las letras entregados a su labor.

También el emperador Trajano (ss. I-II d. de C.) fundó la **biblioteca Ulpia**, que sobrevivió a incendios y a ataques bárbaros hasta el s. V d.C. Como en el contexto griego, estas bibliotecas estaban situadas junto a un templo, aunque sabemos que las termas solían contar con pequeñas bibliotecas anexas para los bañistas. En el caso de las bibliotecas romanas, éstas tenían secciones diferentes para obras latinas o griegas. Hay que tener en cuenta que la creación de bibliotecas públicas no era sinónimo de una alta alfabetización: estas bibliotecas no permitían el préstamo domiciliario, solo la consulta en sala, y solían estar frecuentadas por eruditos, literatos y personas cultas que también solían tener también bibliotecas privadas; por lo que su público era algo restringido.

Bibliografía complementaria:

G. CAVALLO, R. CHANTRIER, (dirs.). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid, Taurus 2003.

Críticas a los bibliófilos (no para examen)

Al igual que en Atenas, como vimos con Aristófanes, en Roma no faltaron las burlas y desprecios hacia aquellas personas adineradas que reunían bibliotecas sin criterio y, en muchos casos, ni leían. Y es que, en Roma, tener una biblioteca privada era sinónimo de prestigio, pero no siempre de cultura.

³ Los *idus* eran días de buenos augurios que tenían lugar el 15 de marzo, mayo, julio y octubre; y los días 13 del resto de los meses. Marzo era el tercer mes en el calendario juliano pero en el calendario romano más antiguo era el primer mes del año. Los idus de marzo en los calendarios más antiguos corresponderían a la primera luna llena del año nuevo.

Luciano de Samóstata (125-181 d. de C.), en su obra el *Bibliómano ignorante*, dirige sus críticas contra un personaje de la época rico que compra sin criterio libros que nunca llega a leer con el objetivo de mejorar su imagen y posición social. Comienza la obra de esta forma:

“De verdad que lo que estás consiguiendo es lo contrario de lo que quieres. Tú crees que por **comprar compulsivamente** los mejores libros vas a parecer una persona con cultura, pero el asunto se te escapa de las manos y, en cierto modo, se convierte en una prueba de tu incultura. Es más, ni siquiera compras los mejores, sino que confías en cualquiera que se ponga a elogiarlos y eres un chollo para quienes mienten sobre tales libros y un tesoro a punto para los que comercian con ellos. Porque ¿cómo ibas a poder distinguir cuáles son viejos y muy costosos de los que son malos y además están envejecidos? ¿O es que puedes reconocer en qué medida están devorados y destrozados tomando a los gusanos como consejeros en el examen? Ya que de lo certeros o equívocos que sean sus contenidos, ¿qué forma de diagnóstico tienes?”

También en la novela *Satiricón* de **Petronio** (s. I a.C.), en el pasaje de la cena de Trimalción (esclavo liberto y “nuevo rico”), queda patente esta feroz crítica, pues Trimalción no hace sino alardear de sus libros.

El filósofo estoico cordobés **Séneca** (s. I. a.C.) era consciente de que en su época el **coleccionismo** de libros se había convertido en un modo de **ostentación**. En su obra *De tranquillitate animi* (“Sobre la tranquilidad del espíritu”) dirige una crítica, si bien en un tono más sosegado, hacia aquellos que coleccionan libros con la finalidad de parecer cultos:

“El gasto en los estudios, que es el mejor de todos, sólo es razonable dentro de ciertos límites. ¿Qué utilidad tienen esos innumerables libros y bibliotecas de los que sus dueños a duras penas pueden leer en toda su vida los títulos? El excesivo número no instruye, más bien supone una carga para el que trata de aprender y es mejor entregarse a unos pocos autores que perderse entre muchos. Sucede con muchas personas ignorantes de lo más elemental que tienen los libros para adornar sus comedores, en vez de como medios para aprender. Ténganse los libros necesarios, pero ni uno de exhibición. Claro que se puede decir que es preferible gastarse el dinero en libros que en vasijas corintias o en cuadros. Siempre es malo cualquier exceso.

¿Por qué disculpar al que desea estanterías de madera rica y marfil, al que busca las obras de autores desconocidos y no buenos y al que bosteza entre tantos miles de libros porque

le agrade muchísimo ver los títulos de su propiedad? Verás en las casas de los más perezosos las estanterías llenas hasta el techo con todas las obras de los oradores y de los historiadores. Pues hoy, como las termas, la biblioteca se considera un ornamento necesario de la casa. Todo ello se podría perdonar si se debiera a un gran amor a los estudios, mas, realmente, estas colecciones de las obras de los más ilustres autores con sus retratos se destinan para el embellecimiento de las paredes.”

© Prof.a Paula Caballero Sánchez

No se consiente la reproducción ni comunicación pública o venta a través de Internet.

2.3. El papel del cristianismo en la erudición y educación paganas

Como sabemos, con el edicto de Constantino (Edicto de Milán) en el 312 de nuestra era, se dio libertad de culto a los cristianos, por lo que los cristianos ya no fueron perseguidos. Más tarde, en el 380, el emperador Teodosio hará de la religión cristiana la religión oficial del Imperio (Edicto de Tesalónica).

Mientras hubo libertad de culto, los paganos continuaron sus tradiciones y leyendo su literatura, sin embargo, se encontraron con un escollo: la literatura pagana era poco apropiada para constituir la base de la educación cristiana; sus autores eran politeístas, sus mitos, con dioses antropomórficos, eran poco ejemplares e incluso inmorales (el claro ejemplo de Júpiter). Sin embargo, había algunos aspectos de la cultura pagana que resultaban útiles a ojos de los cristianos. La retórica romana, encarnada en su principal figura, Quintiliano, podía resultar útil para adquirir buenas dotes en el arte del discurso y de la argumentación, y también la filosofía pagana ofrecía buenos instrumentos, pues contenía argumentos que podían ser aprovechables por el cristianismo. Los eruditos cristianos se dieron cuenta de que la literatura pagana podía “saquearse” con provecho siempre que se guardasen algunas precauciones y el fin justificase los medios. De este modo, **San Ambrosio** (s. IV d. de C.), obispo de Milán, escribió un manual de ética cristiana titulado *De officiis (ministorum)*, que reelaboraba el contenido estoico del *De officiis* (=>conjunto de normas que debe regular la vida en todas sus manifestaciones) del estoico Cicerón. La obra de San Ambrosio cristianiza el pensamiento estoico de Cicerón; es el primer manual de ética cristiana que escribe destinado a la formación de los clérigos.

Por su parte, **San Agustín** (s. IV d. de C.), obispo de Hipona, aplicó la retórica clásica romana y su estructura del *Orator* de Cicerón en su obra *De doctrina christiana*, en la que presenta los preceptos de un buen orador cristiano.

Los primeros autores cristianos escribieron estas obras educativas para los propios cristianos, pues el sistema educativo romano, con sus autores y dioses paganos permaneció prácticamente intacto hasta que las escuelas monásticas y episcopales lo reemplazaron tras la caída del Imperio de Occidente (476 d. de C.) con una educación inspirada en el sistema tradicional romano, pero con una orientación y fines cristianos.

¿Pero cómo influyó el cristianismo en la transmisión de los textos paganos?

Lo cierto es que hubo un desinterés general por parte de la gran mayoría de los cristianos en la literatura clásica, lo que también contribuyó a su pérdida, pues no se realizaban números de copias suficientes como para asegurar su supervivencia. Sin embargo, hubo excepciones y algunos cristianos se interesaron por la lectura de los textos paganos, ya que vieron en ellos una utilidad, como vimos anteriormente en el caso de San Ambrosio o de San Agustín. Además, otros autores cristianos vieron en la literatura pagana un medio para ganar adeptos al cristianismo entre los paganos cultos; de esta manera, trataban de demostrar que algunos conceptos importantes de la nueva fe podían discutirse desde la óptica de la filosofía, sobre todo desde la estoica y la de Platón. San Justino (siglo II d. de C.) y San Clemente de Alejandría (siglos II-III d. de C.) son ejemplos de esta fusión entre pensamiento griego y cristianismo.

Los Padres de la Iglesia primitiva estaban de acuerdo con que había que animar a los cristianos a leer textos paganos, sobre todo los de los filósofos, pero había que rechazar a aquellos autores que negaban la existencia de la divinidad cristiana.

El saber de la **crítica textual** desarrollada en la Antigüedad también fue empleada por los primeros cristianos, quienes la aplicaron en la interpretación del Antiguo Testamento y en su traducción al griego (la *Septuaginta* o Biblia de los Setenta). Por ejemplo, Orígenes (siglos II-III d. de C.) adaptó el sistema de signos creado en Alejandría al Antiguo Testamento griego; de este modo, por

ejemplo, un *obelos* indicaba que un pasaje se encontraba en la traducción griega pero no en hebreo, y un *asteriskos* indicaba aquellos pasajes que habían sido traducidos de diferente manera en la *Septuaginta*.

Durante este periodo, no se desterró a los autores clásicos de la escuela, pero cuando el cristianismo se convirtió en la única religión de culto obligatorio en el Imperio con Teodosio, una vez completada su educación la gran masa de cristianos dejó de tener interés en los textos paganos, lo que puso en peligro su supervivencia.